

# VISPERAS DE LA GUERRA

**C**ONSIDERADO como administrador, Neville Chamberlain era posiblemente el hombre más eficiente que podía ocupar el puesto de primer ministro de la Gran Bretaña. Había pasado la mayor parte de su vida de adulto dedicado a los negocios de la familia en Birmingham, e ingresó en el Parlamento a la tardía edad de cuarenta y nueve años. Era un hombre de pensamiento claro, pero limitado, que se rodeó de individuos del mismo tipo; desconfiaba de los hombres brillantes como Winston Churchill y odiaba la incompetencia. Sus ministros eran, literalmente, mediocridades, los tres conservadores que habían de sucederle en el puesto de primer ministro no formaban parte de su Administración.

Chamberlain trabajaba contra reloj y jamás se fue a la cama antes de haber concluido, por tarde que fuera, la tarea asignada a ese día. Dedicaba una gran atención a todos los problemas políticos, tanto más necesaria después de la desatención de su predecesor, Stanley Baldwin. Cuando se enfrentaba con un problema, Chamberlain pedía toda la documentación disponible y buscaba una solución como si se tratara de resolver un rompecabezas. Cuanto más difícil era un problema, más información solicitaba. Este sistema resultó muy adecuado cuando se trataba de materias administrativas, pero, naturalmente, no ofrecía ninguna perspectiva en cuestiones que requirieran perspicacia y originalidad. Chamberlain fracasó en su propósito de acabar con el paro crónico de la Gran Bretaña y con el de impedir la segunda guerra mundial.

Era un hombre tímido y de nervios tensos, cuyo peso oscilaba en torno a los setenta kilos. Sufrió de gota. Su voz era fina y aguda y sus discursos políticos parecían el informe de un contable. Creía en la autodisciplina y en el trabajo, prefería cuidar su jardín a sentarse en él. Carecía de amigos íntimos fuera del círculo familiar y su mayor debilidad política consistía quizá en la incapacidad para advertir lo que pensaban los demás. Su más íntimo confidente, aparte de su esposa, era Horace Wilson, un probado funcionario del ministerio de Trabajo al que colocó cerca del Cabinet Room, en el número 10 de Downing Street. Algunos comentaristas describieron a Wilson —un hombre agradable, con mirada dura y sonrisa amable— como una siniestra eminencia gris que controlaba la política entre bastidores, pero Chamberlain no era de la clase de hombres que se dejan manejar.

Para su recreo, Neville Chamberlain gustaba del solitario deporte de la pesca y de la contemplación de los pájaros. Había escrito voluminosos

*Las amenazas nazis sobre el territorio de los sudetes llevaron a un enfrentamiento de dos personalidades diametralmente opuestas: Hitler y Chamberlain. Su encuentro es el tema del siguiente trabajo. A continuación ofrecemos otro interesante relato, «La noche de los cuchillos largos»: el final del capitán Roehm y sus camisas pardas, un tributo que Hitler tuvo que ofrecer al ejército alemán.*

cuadernos de notas sobre la flora y la fauna. Le gustaba la música y frecuentemente leía las novelas de Dickens. Si veía un cuadro que le agradaba, su primera intención era la de tratar de adquirirlo para la Birmingham Art Gallery. Paragus en mano, paseaba diariamente por St. James Park y estudiaba la vida silvestre; una vez escribió al «Times» para decir que había visto en el parque un andarríos gris. Cuando era canciller del Exchequer, redactó una descripción del jardín del número 11 de Downing Street: «... ha llegado agosto y ha concluido el canto del mirlo, pero me imagino que, cuando en cual-

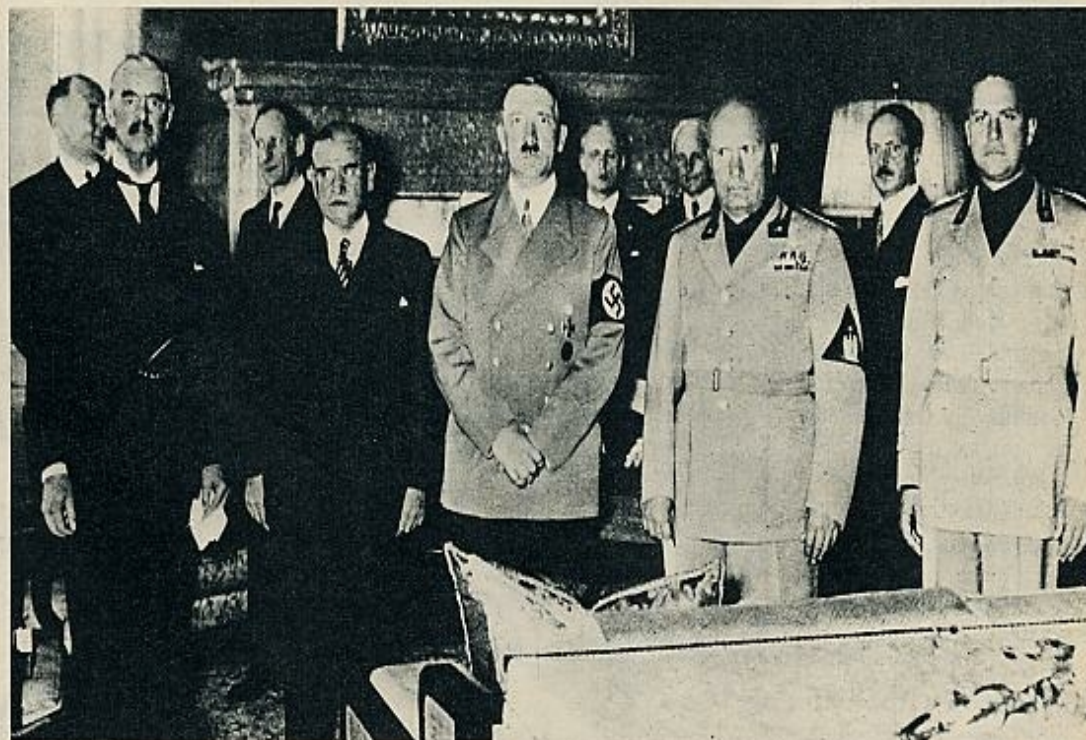
quier momento del futuro vuelvan mis pensamientos al Jardín del número 11, tornaré a oír otra vez ese Hey! Ho! Hey! Ho! Hey! Ho!...».

En septiembre de 1938, Chamberlain tenía sesenta y nueve años y llevaba poco más de uno como primer ministro. Su mentalidad era la del tipo más ilustrado de capitalista decimonónico de Birmingham; creía en la paz, en la prosperidad y en los negocios sólidos. Consideraba a la guerra de 1914-1918 como lo peor que podía haber sucedido nunca y temía que una repetición de aquel conflicto pudiese acabar con la civilización.

A unos ochocientos kilómetros de

distancia, en Berlín, gobernaba Adolf Hitler, veinte años más joven que Chamberlain y tan inconcebiblemente diferente de él como si hubiese pertenecido a otra especie. Lo único que tenían en común era la afición por la música y por los animales. En lo demás, eran diferentes en cualquier aspecto, incluso en los procesos mentales. Chamberlain poseía un brillante poder de razonamiento, pero carecía de imaginación. Hitler tenía una brillante imaginación, pero abominaba de la lógica.

El medio ambiente del que procedía Chamberlain era el del Birmingham del siglo XIX. Allí, entre los negocios familiares, figuraban la Compañía Británica de Armas Cortas y la Hoskins and Company, dedicada a la fabricación de camas. El medio ambiente del que procedía Hitler era el de la Centroeuropa decimonónica, con la agitación de nacionalidades en el decadente Imperio de los Habsburgo. Chamberlain había nacido rodeado de toda clase de seguridades y en el seno de una familia políticamente famosa. El Hitler joven había sido un artista que moría literalmente de hambre y que trataba de vender sus cuadros en Viena. Chamberlain llegó al poder a través de los





Chamberlain y Hitler; detrás, Neville Henderson, embajador británico en Berlín, y Von Ribbentrop, ministro nazi de Asuntos Exteriores. Abajo, a la izquierda, Neville Chamberlain, Edouard Daladier, Hitler, Mussolini y el conde Ciano. Son los días de Munich.

canales rutinarios del viejo sistema parlamentario británico. Hitler y su partido nazi saltaron al Poder en condiciones próximas al caos. Chamberlain podía ser destituido en cualquier momento por la Cámara de los Comunes. Hitler, por plebiscito, era el jefe vitalicio del Estado alemán, con derecho a elegir sucesor y con una autoridad carente de cualquier control estatal; hacia 1938 había cesado incluso de convocar Consejos de Ministros.

Hitler era un hombre desaliñado, de estatura media. Era vegetariano, abstemio y no fumaba. Vestía de un modo peculiar, su traje favorito se componía de una chaqueta cequi, pantalones negros de etiqueta y zapatos negros de charol. El 1937, el lord británico del Sello Privado, lord Halifax, estuvo a punto de cometer la «plancha» diplomática del siglo, confundiendo momentáneamente a Hitler con un lacayo. Se hallaba a punto de entregar a Hitler su sombrero cuando el ministro alemán de Asuntos Exteriores le previno con un frenético murmullo: «Der Führer! Der Führer!».

Sin embargo, Hitler sólo parecía insignificante tras una primera impresión superficial. Sus modales y personalidad eran tales que, por repleto que estuviere un salón, siempre parecía ser el único hombre que contaba. Algunas personas advirtieron po-

deres hipnóticos en su mirada. Sufrió mucho de insomnio.

En 1938, él y sus jóvenes llevaban cinco años en el Poder y, en términos de realizaciones materiales, habían obtenido un gran éxito. La rigurosa planificación estatal había logrado la prosperidad y el pleno empleo. Hitler estaba construyendo la más moderna red de carreteras de Europa. Se había interesado personalmente en el diseño de un pequeño coche para el trabajador; aquel coche, el «Volkswagen», sigue siendo, treinta años más tarde, uno de los más vendidos en el mundo entero. Había rearmado a Alemania con modernos aviones, tanques y buques de guerra, pero no en la escala que se creyó entonces. Por razones propagandísticas, proporcionó datos de armamento que doblaban a las cifras reales.

Aunque existía en Alemania una oposición sustancial a su régimen (jamás ganó una mayoría en unas elecciones libres), proporcionó al pueblo alemán un nuevo orgullo y una confianza en sí mismo. Suponiendo lo impensable, unas elecciones libres en 1938 podrían haberle dado el 60 por ciento de los votos. Sus bastiones eran la generación más joven y la clase media inferior. Los antiguos miembros de las clases trabajadoras y altas tenían sus propias tradiciones no nazis.

El precio por el éxito de Hitler fue el aplastamiento de la Alemania liberal. Los adversarios políticos habían sido encarcelados a miles en los campos de trabajo y ejecutados a centenares. Hitler sufría la quimera de creer que los judíos eran una amenaza para los intereses no judíos y se había embarcado en la más cruel campaña antisemita de la Historia. Para 1938, los judíos estaban ya privados de todos los derechos civiles, excluidos de la mayor parte de las profesiones y además les estaba vedado el matrimonio con no judíos. En el fondo de su mente debía de madurar ya el plan para exterminarlos mediante los asesinatos en masa.

A diferencia del tímido Chamberlain, que se mostraba inepto en las relaciones humanas, Hitler era un buen actor y sabía tocar los resortes oportunos para impresionar a aquel con quien tratara. Muchos de sus supuestos accesos de rabia, en los que parecía perder el control de sí mismo, eran deliberadas interpretaciones, encaminadas a intimidar a su oponente. Cuando su víctima abandonaba la habitación, Hitler se desprendía de su rabia y se reía entre dientes del que había salido. Era capaz de mostrarse encantador y podía ser cortés. Parte de la razón por la que Halifax le confundió con un lacayo fue el hecho de que Hitler había acudido afablemente

al umbral para recibirle, en lugar de permanecer en el interior, como hubiera debido hacer un jefe de Estado según el protocolo. Hitler tenía el sentido de lo que los otros hombres estaban pensando y, al menos hasta 1938, fue un buen juez de caracteres y sabía cómo seleccionar al hombre adecuado para cada puesto.

Chamberlain creía en un gobierno ordenado. Los métodos hitlerianos parecían superficialmente caóticos. Su maquinaria gubernativa era un laberinto de departamentos y autoridades cuyas jurisdicciones se superponían, de funcionarios del partido y de funcionarios del Estado que se interferían en aparente confusión. La mayor parte de los dirigentes nazis desempeñaban, al mismo tiempo, varios cargos. Por ejemplo, Herman Goering era en 1938, simultáneamente, primer ministro de Prusia, ministro del Interior para toda Alemania, jefe supremo de las Fuerzas Aéreas, presidente del Plan económico cuatrienal, jefe de los Servicios Forestales y director de Televisión. El sistema funcionaba porque Hitler retenía la autoridad suprema en sus propias manos. Era la única persona que realmente contaba y carecía de rival político. Podía haber destituido a Goering de un plumazo. El único poder que podía herirle era el del Ejército.

El método intuitivo de gobierno, basado en su sexto sentido para conocer el pensamiento de la gente, se aplica también a la política de Hitler. Es exacto suponer que en 1938 estaba planeando deliberadamente una guerra mundial y menos aún la conquista del mundo. Hitler no pensaba en términos de un plan audaz y rápido para el futuro. Admiraba a los ingleses, despreciaba a los franceses y odiaba a los pueblos eslavos de Europa oriental. Sus objetivos supremos eran, en primer lugar, rectificar lo que consideraba injusticias del Tratado de Versalles y, más remotamente, extenderse hacia el Este para obtener en Rusia y Ucrania «espacio vital» para los alemanes. La aplicación de aquellos principios dependía de las circunstancias del momento, porque Hitler era, sobre todo, un oportunista. Reconocía la posibilidad de una gran guerra y pensaba que su intuición le permitiría conducir a sus ejércitos hacia la victoria, pero no calculaba cómo o cuándo llegaría. Deseaba obtener sin guerra tanto como fuera posible. Alemania no estaba auténticamente preparada para la lucha y, sin que Hitler lo supiera, existía un grupo de generales que conspiraban para derrocarlo si hubiese ido a la guerra en 1938.

En la primavera de 1938, Hitler invadió su país natal, Austria, y lo reincorporó al Reich alemán. Cirujanos y abogados judíos fueron enviados a fregar de rodillas, con sus manos, las calles de Viena. Aunque su método había sido brutal y supuso la ruptura de tratados, muchos de los que no estaban implicados en la cuestión se reconciliaron consigo mismos, aceptándola como un asunto entre alemanes de un lado y alemanes de otro. El próximo paso natural tenía que ser la incorporación al Reich de los tres millones de alemanes sudetes en la vecina Checoslovaquia, y esto suponía el peligro de una guerra europea, ya que Francia se había comprometido a defender a Checoslovaquia contra una agresión. Durante el verano de 1938, la actitud de Hitler respecto de Checoslovaquia se tornó cada vez

# Hitler

más amenazadora. Los checos habían respondido en mayo movilizando a su ejército, con lo que creció la furia de Hitler. Empezó a hablar de una Europa en crisis. Exactamente una conducta opuesta a la que hubiera debido mostrar si hubiese estado planeando realmente la guerra. Militarmente, su mejor táctica hubiera sido un ataque relámpago que, ahora que contaba con Austria, habría aplastado a Checoslovaquia en unas cuantas horas. Pero al hablar en vez de actuar, Hitler descubría su juego.

Lo que sucedió después le cogió por sorpresa.

La influencia crucial de sus discursos y amenazas no repercutió fundamentalmente en Praga, ni siquiera en París, sino en Londres, que, técnicamente, no estaba envuelto en el problema. Los ingleses no tenían un tratado que les obligara con Checoslovaquia. Neville Chamberlain, sin embargo, había decidido que no se podía permitir que Europa se deslizara hacia la guerra y, al convertirse en primer ministro, resolvió controlar por sí mismo cada uno de los grandes temas de la política exterior británica. (Esta había sido la causa principal de la dimisión de Anthony Eden, a comienzos de 1938.)

Más aún, Chamberlain había trazado un plan maestro. En el caso de que la guerra fuera inminente, él mismo iría a Alemania, hablaría con Hitler cara a cara y trataría de ponerle en razón. Era una idea sin precedentes la de que un primer ministro británico se reuniera con el jefe de un Estado potencialmente enemigo y al borde de la guerra. Surgió durante una conversación entre Chamberlain y Wilson. (No se sabe, ciertamente, quién fue el primero que pensó en esta idea.)

El 12 de septiembre, Hitler pronunció un discurso en la concentración anual del partido nazi en Nuremberg. Era una ocasión colosal ante los 950.000 participantes, llegados en trenes especiales de todas las regiones alemanas. Hubo un elaborado despliegue militar con maniobras, en las que figuró por vez primera un moderno helicóptero. En un discurso de una ferocidad sin precedentes, radiado a todo el mundo, Hitler atacó a los checos por la «opresión» de los alemanes sudetes y les anunció que se proponía buscar «justicia». En cada pausa, el gigantesco auditorio al aire libre rugía con los «Sieg Heil! Sieg Heil!». Los diarios británicos de la tarde imprimieron decenas de miles de ejemplares, en ediciones especiales, para publicar el discurso. Sin embargo, con toda su amargura y furia, no llegó Hitler a formular unas declaraciones sobre sus intenciones en aquel momento; el discurso era, realmente, un intento de reforzar la tensión y tuvo como lógica consecuencia el estallido de disturbios en los territorios de los alemanes sudetes.

Chamberlain decidió que había llegado el momento de ver a Hitler. Informó, más que consultó, a su Gabinete y al gobierno francés. Hitler se sorprendió un poco, pero se mostró conforme en recibirle: la entrevista no podía perjudicarlo y, en cambio, le ofrecía ciertas perspectivas.

A primeras horas de la mañana del 15 de septiembre, Chamberlain, que no había volado jamás, se dirigió al aeródromo de Heston, al Oeste de Londres. En la excitación olvidó su paraguas y un coche hubo de salir de Downing Street tras del suyo hasta alcanzarle con el famoso arri-

lujio. Con Chamberlain iban Horace Wilson, William Strang, del Foreign Office, y dos detectives. El grupo subió la escalerilla de un «Lockheed-14» de ocho plazas. Se cargaron tras los asientos bocadillos, whisky, sidra, cerveza, jerez y una botella de té. Había además a bordo paracaidas.

Aquel avión voló sobre Europa a la velocidad de unas 150 millas por hora. Durante las cuatro horas de vuelo, Chamberlain bebió whisky y comió bocadillos de jamón. Leyó algunos documentos oficiales y también habló con sus compañeros de vuelo —el avión disponía de asientos giratorios que facilitaban la conversación, aunque los pasajeros habían de gritar para hacerse oír entre el estruendo de los dos motores—.

En la terminal del aeropuerto de Munich ondeaban dos banderas británicas, en honor de Chamberlain. El grupo se trasladó en coches, conducidos por camisas negras 65 de la guardia personal de Hitler, a la estación ferroviaria. Después, en el tren particular de Hitler, realizó el viaje de tres horas hasta la residencia rural hitleriana de Berchtesgaden, en los Alpes bávaros. Allí era donde Hitler vivía, doméstica y felizmente, con fraulein Eva Braun, con la que más tarde se casaría. Hitler aguardaba con la cabeza descubierta a la mitad de la escalinata para recibir a sus huéspedes. Estrechó, sus manos y les condujo al interior hasta una mesa circular preparada para el té. Desde luego, Eva no estaba visible.

Al principio, el hombre de negocios de Birmingham y el orador de la Europa central dieron muestras de timidez. Chamberlain advirtió, con aparente disgusto, que a sus espaldas colgaba el lienzo de un desnudo femenino. La conversación banal no fluyó con facilidad. Chamberlain comprendía muy mal el alemán hablado y Hitler no sabía una palabra de inglés; la conversación discurría a través de su intérprete, el doctor Schmidt. La charla inicial, tal como Chamberlain anotó en su diario, fue la siguiente:

CHAMBERLAIN.—He oído hablar a menudo de esta sala, pero es mucho más grande de lo que yo esperaba.

HITLER.—Pues ustedes, en Inglaterra, tienen grandes salas.

CHAMBERLAIN.—Tiene usted que ir por allí y verlas alguna vez.

HITLER.—Sería recibido con demostraciones de desagrado.

CHAMBERLAIN.—Bueno, quizá fuera conveniente escoger el momento.

Por ambos lados se experimentó, probablemente, una sensación de alivio cuando concluyó el té. Hitler declaró entonces que estaba completamente a la disposición de Chamberlain (es preciso recordar que Hitler no tenía la más mínima idea de lo que deseaba Chamberlain). Chamberlain solicitó la celebración de una conferencia sin más testigo que el intérprete. En consecuencia, Hitler lo llevó escaleras arriba, hacia su estudio particular, donde hablaron durante tres horas.

Durante esta conversación, los dos políticos se mostraron conformes, en principio, en que las tierras de los Sudetes deberían emanciparse de Checoslovaquia y en que, hasta que no se hubiera llegado a un acuerdo, Hitler evitaría la guerra. La semana siguiente se celebraría una segunda reunión para discutir los detalles. Chamberlain durmió aquella noche en Berchtesgaden y, a la mañana siguiente, tomó el tren para Munich, desde don-

de regresó a Londres. «Tengo la impresión —escribió— de que se trata de un hombre en el que puede confiarse cuando ha dado su palabra».

Así se constituyó el meollo del posterior acuerdo de Munich. El mismo 15 de septiembre, el diario liberal londinense «News Chronicle» advertía: «Si los ingleses quieren sacrificar la democracia checa en aras de su propia tranquilidad, tendrán lo que se merecen».

Pero, ¿qué era exactamente la «democracia checa»?

Checoslovaquia, entonces como ahora, era un país situado en el avispero de Europa y sujeto a una inmensa presión exterior. En 1938 contaba solamente diecinueve años de edad y se había constituido con trozos del antiguo Imperio austro-húngaro para ofrecer un Estado nacional a checos y eslovacos. Pero de sus catorce millones de habitantes, más de cuatro que vivían en las áreas fronterizas eran alemanes, húngaros o polacos. La minoría más importante era la alemana, con tres millones de personas. Esto había sucedido, en parte, porque Alemania perdió la guerra de 1914-18 y, en parte también, porque el Estado necesitaba contar con unas fronteras naturales (después de la guerra de 1939-45, el problema de las minorías fue eliminado con las deportaciones en masa).

Por mucho orgullo que pudieran tener por su independencia nacional, obtenida por vez primera en tres siglos, los checos se mostraron menos que generosos con sus poblaciones minoritarias. Los no checos estaban obligados a aprender el checo en la escuela y era difícil que los no checos obtuvieran empleos gubernamentales. Incluso en zonas que eran totalmente de habla alemana, policías, carteros y otros funcionarios eran, casi todos, checos. Además, los alemanes vivían en la parte más industrializada de Checoslovaquia y se habían sentido afectados por la depresión económica mundial. Mientras la Alemania de Hitler experimentaba un «boom», los alemanes sudetes sufrían un paro crónico y veían sumidas en la decadencia las fábricas donde habían trabajado. Un ex ministro británico, Walter Runciman, enviado por Chamberlain como una especie de investigador especial, informó que los alemanes sudetes tenían algunos motivos razonables para quejarse.

Todo esto nada tenía que ver con la «persecución», en el sentido en que Hitler perseguía a sus adversarios políticos y a los judíos. Checoslovaquia era, básicamente, un Estado liberal, y el partido de los alemanes sudetes, dirigido por el pro-nazi Konrad Henlein, era entonces el que contaba con mayor número de puestos en el Parlamento checo. Sin embargo, los alemanes sudetes padecían agravios legítimos y Hitler se había empeñado en separarlos de lo que consideraba Estado artificial e incorporarles al Reich. Hitler se mostraba fundamentalmente emocional, sobre todo por las implicaciones raciales del problema, y además experimentaba una aversión especial contra la población checa, probablemente a causa de alguna experiencia infortunada en sus años de juventud artística en Viena. Siempre que mencionaba a los checos, cuidaba de pronunciar con desprecio: «Die Tschachen».

Al aceptar, en principio, la demanda de Hitler, Chamberlain seguía la doctrina del «apaciguamiento» de Eu-

ropa, que había sido la política británica durante dos años.

«Apaciguamiento» no significaba, forzadamente, sometimiento a las amenazas bélicas, sino más bien la extirpación de todos los legítimos agravios para que la amargura belicista desapareciera. Con la eliminación de las zonas sudetes, Checoslovaquia se convertiría en un Estado desmembrado de improbable supervivencia, pero Chamberlain pensó que valía la pena pagar este precio por la paz; llevaba el «apaciguamiento» a su último extremo, con la esperanza de que tuviera éxito. La repugnancia a este «apaciguamiento», tan desacreditado como arma diplomática, influiría en los asuntos mundiales durante muchos años. La guerra de Suez de 1956, e incluso la actual guerra del Vietnam, se produjeron, en parte, como reacción contra esta idea del «apaciguamiento».

Es preciso también formular algunas consideraciones prácticas, de las que se desprende que era físicamente imposible que los ingleses o los franceses defendieran a Checoslovaquia de una agresión alemana. Todo lo que se podía hacer era declarar la guerra a Alemania e Inglaterra no estaba preparada para dar este paso. Había comenzado el rearme, pero tenía que pasar por lo menos un año antes de que comenzaran a salir de las fábricas los modernos aviones. En 1938 se tenía el bombardeo de las poblaciones civiles como hoy se teme la guerra nuclear. Cuando volvió a Heston, Chamberlain contempló las filas y filas de casas de Londres, se estremeció y dijo: «¿Qué sucederá a toda esta gente si fracasamos?». Fuera de las necesidades normales en tiempo de paz, Londres no contaba con una sola bomba contra incendios o con un metro más de mangueras.

## «¿USTEDES TOMAN EL MAR, YO TOMO LA TIERRA»

La reunión siguiente se celebró en Bad Godesberg, junto al Rhin. Chamberlain y su pequeño grupo volaron a Colonia y desde allí continuaron camino por carretera. Miles de alemanes les saludaron esta vez gritando: «Heil Chamberlain!». «Heil Chamberlain!». Esta demostración en honor de un hombre considerado como pacifista fue la única manifestación pública espontánea durante los doce años del poder hitleriano en Alemania e irritó a los dirigentes nazis. Chamberlain se mostró profundamente impresionado por los bosques de brazos que le saludaron y los consideró como una prueba de que los alemanes no deseaban la guerra.

En Bad Godesberg se asignó a su grupo un piso completo del hotel Petersberg. Las habitaciones estaban repletas de flores. Pero la conferencia, a la que asistió también el francés Daladier, transcurrió de mala manera. Hitler, acertadamente convencido de que se imponía a los ingleses y a los franceses, abrió la sesión con una larga y complicada disertación acerca del problema de los sudetes y de los territorios que pensaba ocupar, con referencias constantes a los mapas. Ya era sintomático que fuera él mismo quien realizara semejante exposición. Cuando Horace Wilson formuló una pregunta, Hitler le contestó agríamente y le miró como si el británico hu-



Hitler con gafas. Esta fotografía estaba prohibida. El dictador nazi vigilaba celosamente cada una de las fotografías de su persona. Debía que «mantener la imagen».

biera dicho una impertinencia. Después advirtió que su paciencia se había agotado y que pensaba penetrar en Checoslovaquia el 1 de octubre, una semana más tarde, a menos que hubiesen quedado satisfechas completamente todas sus demandas. Llegó a sugerir, de una forma casual, que Alemania e Inglaterra deberían repartirse el mundo: «Ustedes toman el mar, yo tomo la tierra».

Las conversaciones posteriores no consiguieron modificar la postura de Hitler y, dado que los checos se mostraban igualmente obstinados, la guerra parecía inevitable. Chamberlain insistió en que debería haber un margen de tiempo, durante el que pudiera realizarse el desmembramiento con un mínimo de decencia y de orden.

(Es preciso considerar también que muchos de los alemanes sudetas eran adversarios políticos de Hitler y tendrían que huir.)

Chamberlain regresó apesadumbrado a Londres y el gobierno comenzó a hacer lo que estaba en su mano para poner a Inglaterra en pie de guerra. Hasta entonces, los únicos preparativos que se habían adoptado consistían en la fabricación de caretas antiguas para toda la población y se comenzó la distribución de tales caretas. Se colocaron en posición de combate los cuarenta y cuatro cañones anti-aéreos disponibles para todo Londres. Se emplearon cuadrillas de parados para cavar trincheras y refugios anti-aéreos. Se elaboraron planes para evacuar a 500.000 niños de Londres. Día tras día caía la lluvia, calando a las cosas de personas que aguardaban sus máscaras de gas y convirtiendo a las trincheras en ríos de barro. «¡Qué horrible, fantástico e increíble es que cavemos trincheras y probemos aquí nuestras máscaras de gas por culpa de una disputa en un país lejano entre gentes de las que nada sabemos!», dijo Chamberlain en una alocución radiada. Envió por su cuenta a Horace Wilson a Berlín para hacer ver a Hitler que los ingleses lucharían si él avanzaba.

El 28 de septiembre, el frágil Chamberlain compareció en la Cámara de los Comunes para explicar, con su voz aguda, cómo había fracasado. Habló durante hora y media a una Cámara en la que cada asiento y cada lugar de las galerías se hallaba ocupado. Winston Churchill —sentado en su escaño bajo la banderilla— parecía algunas veces morderse las uñas y otras adormilarse. Durante años había estado exigiendo la preparación de una guerra contra la Alemania de Hitler.

De repente se advirtió un pequeño foco de agitación en la galería de los

pares cuando entregaron un mensaje a Halifax, secretario del Foreign Office. Halifax lo abrió y, como advirtió un comentarista, fue la primera vez que alguien le vio sonreír. Lo envió a lord Douglass (ahora sir Alec Douglas-Home), que era secretario parlamentario de Chamberlain. Douglass se abrió paso tras el banco del gobierno, entre las rodillas de los diputados, y entregó la nota a sir Samuel Hoare, secretario del Interior, quien la pasó a sir John Simon, canciller del Exchequer. Simon tiró de la chaqueta a Chamberlain y le entregó la nota. Chamberlain dejó de hablar, se caló las gafas y comenzó a leer. Durante cinco minutos, Chamberlain permaneció de pie, leyendo la nota y digiriendo su contenido.

Fueron, probablemente, los cinco minutos más tensos en la historia de la Cámara de los Comunes. Un millar de personas permanecían en silencio, especulando acerca del contenido de aquella nota. Podía ser cualquier cosa, incluso una declaración de guerra. Chamberlain alzó la cabeza, se aclaró la garganta y habló:

—Tengo algo más que decir a la Cámara. Acabo de ser informado de que herr Hitler me invita a reunirme con él, en Munich, mañana por la mañana. Ha invitado también al signor Mussolini y a monsieur Daladier. El signor Mussolini ha aceptado y no me cabe duda que Daladier aceptará. No necesito decir cuál será mi respuesta...

Un diputado conservador gritó: «¡Dios salve al primer ministro!», y esta exclamación dio paso a la más emocionante ovación parlamentaria que ha recibido nunca un político británico; los espectadores de la galería se unieron a la ovación, contra todas las reglas de la etiqueta parlamentaria. La reina Mary, en la galería de damas, rompió a llorar. El viejo Baldwin, el anterior primer ministro, aporreó con su bastón el piso de la galería de los pares. Cerca de él, el arzobispo de Canterbury golpeaba con sus manos la barandilla, y en torno suyo otros pares aplaudían y vitoreaban. En la galería de embajadores, el pandemonium era aún mayor. El embajador brasileño rugía su aprobación a voz en cuello y el pequeño conde Grandi, el embajador italiano, agitaba los brazos y gritaba: «¡Viva, viva!». Todo el mundo se unió al griterío menos los periodistas, que redactaban la crónica parlamentaria más sensacional de su vida.

En la Cámara, casi todos los miembros de los partidos proseguían en pie vitoreando y enarbolando pañuelos y papeles. (Es preciso recordar que aplaudían no al acuerdo final de

Munich, sino la aceptación de Hitler a la celebración de nuevas negociaciones en las que podía incluso retractarse.) Churchill permaneció de pie mirando a Chamberlain. Después dio media vuelta y se perdió entre la multitud. Cuando concluyó la ovación, el líder laborista, Attlee, y el liberal, Sinclair, prescindieron de los discursos que habían preparado y se limitaron simplemente a desear éxito en las nuevas negociaciones.

Al llegar a Munich, Chamberlain fue acogido por miles de alemanes que le vitoreaban y que rodeaban su coche, aunque Ribbentrop se las había arreglado para que le llevaran por calles de segundo orden para evitar las manifestaciones. Ante su hotel se concentró una gran multitud que gritaba: «Heil Chamberlain, We want Chamberlain!».

Pero Hitler se limitaría a hacer mínimas concesiones. En vez de insistir en la ocupación de la zona de los sudetas el 1 de octubre, extendió el límite al 10 del mismo mes y eso fue todo. Se prohibió a los checos que se llevaran o dañaran cualquier instalación industrial, alimentos o ganado. Las cuatro potencias presentaron estas condiciones a los checos como un ultimátum, y los checos, desde luego, tuvieron que aceptarlas.

Chamberlain, un anciano ahora exhausto, se comportó como si creyera que había conseguido algo. El y Hitler se mostraron afables el uno con el otro. (Hitler tenía razones para mostrarse afable. Era ahora uno de los pocos continentales que había conseguido burlar a la pérdida Albión.) Chamberlain visitó a Hitler en su residencia, emplazada en un bloque ordinario de viviendas de Munich, y le pidió que firmara una declaración según la cual los futuros desacuerdos entre Inglaterra y Alemania serían solucionados mediante negociaciones y no por la guerra y Hitler accedió de buen grado. (Técnicamente, sería Chamberlain y no Hitler quien rompiera el acuerdo un año más tarde.) Los dos políticos se abrazaron para despedirse.

Jamás volverían a verse. Dos años después, Chamberlain moriría de cáncer y siete años más tarde Hitler se suicidaría. Pero Horace Wilson, cinco años mayor que Hitler, vive hoy en su retiro de Bournemouth.

De las multitudes que le vitoreaban en Munich, Chamberlain voló hacia una delirante muchedumbre. (Olvídalo otra vez su paraguas, que hubo de serle enviado en el próximo avión.) Todo el Gabinete, excepto Duff Cooper, que había dimitido en señal de protesta, se hallaba en Heston para re-

chirle; Halifax animaba a los ministros a gritar: «Hip, hip, hooray!». Durante todo el viaje hasta Londres a lo largo de la Great West Road, las multitudes le vitoreaban y se agolpaban ante su coche; tardó hora y media en cubrir la distancia de nueve millas. Antes de que pudiera llegar a Downing Street hubo de desviarse, por orden del Rey, a Buckingham Palace, para recibir la felicitación real. Saludó ante la multitud, desde un balcón del palacio.

De vuelta a Downing Street, Chamberlain hubo de asomarse a una ventana, agitó el documento que Hitler había firmado y dijo: «Es la paz con honor, creo que ésta es la paz para nuestra época».

Fueron muchos los que se opusieron a los acuerdos de Munich, criticándolos tal vez uno de cada tres políticos en activo. Desde el primer momento, los ataques fueron estridentes, comenzando por los de Churchill y Attlee. Los mineros de Gales del Sur, que acababan de celebrar su convención sindical, rechazaron los acuerdos «con disgusto». Pero la opinión de las masas era abrumadoramente favorable a Chamberlain. Los regalos de paraguas y de cañas de pescar llovieron sobre Downing Street. Sólo abrir los telegramas de felicitación exigió siete horas de trabajo.

Chamberlain fue nombrado ciudadano honorario de Versalles y se dio su nombre a una avenida. Bélgica ofreció rebautizar con su nombre una calle de cada ciudad. En Lisboa se propuso erigirle una estatua, pagada por las «agradecidas madres de Portugal». Mister Godfrey Winn escribió en el «Sunday Express»:

«Gracias a Dios y a mister Chamberlain: porque no me parece sacrilego emparejar estos dos nombres».

J. L. Garvin, director de «The Observer», escribió en términos más mesurados: «Pase lo que pase, su fama (la de Chamberlain) se perpetuará, puesto que por un momento mágico, en una edad que amenazaba en convertirse en un caos de odio y muerte, restauró al toque de la Naturaleza que hermana a todos».

Una semana más tarde, Chamberlain repudiaba la expresión «paz en nuestra época», que, según afirmó, «había sido empleada en un momento de cierta emoción después de un largo y agotador día». Esa expresión no era, ciertamente, característica de un hombre que desconfiaba de las generalizaciones, especialmente de las más chapuceras. Tampoco se condujo como si creyera que había asegurado la paz, sino que aceleró el rearme británico.

Siempre siendo un tema de discusión si el tiempo comprado por el acuerdo de Munich favoreció más a la Gran Bretaña o a Alemania. La producción bélica germana entre Munich y el comienzo de la guerra, un año más tarde, fue mayor que la inglesa; por otra parte, los ingleses comenzaron a un nivel inferior y fueron a la guerra en 1939 con el equipo mínimo necesario. En 1938, los británicos no tenían, prácticamente, más que máscaras de gas.

Quizá fue el «Punch» el que mejor formuló el resumen de aquella situación. Publicó una cita de sir Philip Francis en 1801: «Es una paz que alegra a todos, pero de la que nadie se enorgullece». ■ C. C.

© «The Observer». 1968. Transworld Feature Syndicate.

¡ANTHONY QUINN, EN UN ESPECTACULO LLENO DE VIDA Y ACCION!

Metro-Goldwyn Mayer presenta

**Anthony  
Quinn**




Anjanette Charles  
**Comer Bronson**

**Los cañones de  
San Sebastián**

con Sam Jaffe • Silvia Pinal • Jorge Martínez De Hoyos  
Jose Chavez y Jaime Fernandez

guión de James R. Webb • dirigida por Henri Verneuil • producida por Jacques Bar



FRANSCOPE  
METROCOLOR 

**70 m/m**

CON LA MARAVILLA  
DEL SONIDO ESTEREOFONICO

¡¡UNA HISTORIA DEL TIEMPO EN QUE LA MUERTE  
ERA MAS FACIL QUE LA VIDA!!

# Hitler

LA noche del viernes 29 de junio de 1934, Ernst Roehm, jefe de las **Sturm Abteilungen** hitlerianas, estaba divirtiéndose con algunos jóvenes arios de su «harem» en Bad Wiessee, localidad no distante de Munich, donde el veterano (cuarenta y siete años), pero aún batallador miembro del partido nazi se encontraba sometido a una cura de salud. En el mismo hotel Hanselbauer, en la orilla del Tegernsee, se alojaba uno de sus principales ayudantes, Edmund Heines, **obergruppenführer** de las SA de Silesia, hombre no menos brutal y corrupto que Roehm, que había sido encarcelado por homicidio, expulsado en 1927 del partido nacionalsocialista y admitido otra vez gracias a Hitler.

## UN TRAGICO FIN DE SEMANA

En los ambientes nazis se sabía que Heines mandaba por toda Alemania a sus lugartenientes con el fin de reclutar para las SA a muchachos con el físico adecuado para sus «formaciones de asalto»: dotados, en dosis iguales, de fuerza bruta y de gracia apolínea. Heines, por su parte, tenía un cuerpo de cargador y un rostro de muchacha que no inspiraba simpatía alguna: ni siquiera a Hitler le agradaba verlo. El capitán Roehm, por el contrario, era también feo de cara; ojos porcinos inyectados en sangre, mejillas enrojecidas, bigote retorcido. Y aquella noche, para remate, estaba de mal humor. El día antes le habían borrado de la Liga de oficiales alemanes, y el periódico nacionalsocialista «*Völkischer Beobachter*», en un artículo firmado por el general von Blomberg, ministro de Defensa del Reich, había aprobado tal medida reafirmando, al mismo tiempo, «la fidelidad de las fuerzas armadas al Estado, al Presidente, mariscal von Hindenburg, y al canciller Adolfo Hitler».

Pero aunque de mal humor, Roehm no había perdido toda su confianza. Esperaba, para el siguiente fin de semana, una visita de Hitler de la que dependían muchas cosas.

Roehm esperaba, pues, ansioso, preocupado. Aunque ministro del gabinete de Hitler, no había dejado de perder terreno desde el 30 de enero de 1933, día en que el Führer fue nombrado canciller.

## ROEHM ESTABA INTRANQUILLO

Ya no era más que jefe de una inquieta soldadesca de camisas pardas, las SA, que hacia finales de 1933 se componían de dos o tres millones de hombres (diez o veinte veces los efectivos de la Reichswehr regular). Creía, además, poder contar con la amistad de Goebbels y de Hitler. Más que por camaradería, Hitler y Roehm estaban unidos por una auténtica fraternidad: Por Roehm, Hitler había entrado en la política; había sido él quien le había apoyado en el putsch de Munich once años antes. Y Roehm era el único entre los jefes nazis a quien el Führer tuteaba. Por eso el capitán bávaro estaba muy lejos de temer por su propia vida.

Roehm y Heines, tras haber babido hasta muy tarde, dormían tranquilamente cuando, hacia las cuatro de la madrugada del sábado, Hitler bajó

# LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS LARGOS

por FRANCESCO RUSSO

de un avión en el aeródromo bávaro de Oberwiesefeld. La gran purga que luego recibiría el nombre de «La noche de los cuchillos largos» (aunque duró desde el alba de aquel 29 de junio, sábado, hasta la noche del domingo siguiente) estaba a punto de

comenzar. Las SS habían realizado ya las primeras detenciones. En Munich, Hitler ordenó que le presentaran a un **Obergruppenführer** local, Schneidhuber, y en un paroxismo de cólera histórica le arrancó de un tirón los distintivos nazis, lo acusó de traición

y lo mandó asesinar sin que el desgraciado se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo. El jefe de las SA berlinesas, Karl Ernst, fue detenido en Bremen cuando iba a embarcarse con su mujer con destino a Madera, donde la pareja iba a pasar su luna de miel: este ex ascensorista de hotel y cliente de cafés equivocados se creyó víctima de un putsch antihitleriano de derecha y murió con el brazo extendido, gritando: «Heil Hitler!».

## (¡QUE SEA ADOLFO QUIEN ME MATE!)

Pero sin la supresión de Roehm, la masacre no hubiese sido más que un arreglo de cuentas entre bandas de gangsters rivales y no un hecho de importancia política capital. Para suceder a von Hindenburg como jefe del Estado, Hitler tenía que ofrecer a la casta militar la cabeza de Roehm: de haber perdonado a su viejo amigo, no habría podido hacerse con el poder absoluto.

Las montañas bávaras estaban todavía sumidas en sombras, cuando un veloz cortejo de coches se trasladó aquel mismo sábado de Munich a Bad Wiessee, localidad termal frecuentada por sus aguas sulfúricas, ricas en yodo. Los hombres de las SS hicieron irrupción en la habitación de Heines. Este, según algunos testimonios, fue



Hitler y, detrás, el capitán Roehm. En Brunswick, los entonces fieles amigos pasan revista a una formación de setenta mil hombres. Luego vendría «la noche de los cuchillos largos».

*¡Una noche le bastó para  
convertirse en estrella...  
Pocas noches después era solo  
una leyenda!*

METRO-GOLDWYN-MAYER PRESENTA  
UNA PRODUCCION DE ASSOCIATES & ALDRICH COMPANY



★ **La LEYENDA de  
LYLAH CLARE** ★

CON **KIM NOVAK · PETER FINCH · ERNEST BORGNINE**

MILTON SELZER · ROSSELLA FALK · GABRIELE TINTI · VALENTINA CORTESE · LEE MERIWETHER · GERALD BRONWNI  
CAPON DE HUGO BUTLER · JEAN ROUVEROL · ROBERT ALDRICH PRODUCCION Y DISTRIBUCION POR METROCOLOR  MGM

# Hitler



**Roehm: «feo de cara, ojos porcinos inyectados en sangre, mejillas enrojecidas...». fue inmolado como presente de las buenas relaciones entre Hitler y el ejército alemán.**

arrastrado hasta la calle y muerto a golpes. Otros dicen que fue asesinado en Munich.

William Shirer, autor de la «Historia del Tercer Reich», cuenta que Hitler entró solo en la habitación de Roehm, armó una tremenda bronca a su amigo y ordenó su traslado a la prisión de Stadelheim, la misma en la que el capitán había sido recluido el 9 de noviembre de 1923, tras el fallido putsch de Munich. Hitler mandó que entregaran a Roehm una pistola, pero el condenado se negó a atenuar con su propio suicidio la infamia del hombre que sólo siete meses antes le había agradecido, en privado y en público, los «servicios impercederos a la causa del nacionalsocialismo». Dos oficiales de las SS descargaron sus revólveres sobre el tórax desnudo de Roehm.

## UN TESTIGO MOLESTO

¿Asistió Hitler a la ejecución? Hay quien dice que sí; y que, posteriormente, se divertía con sus amigos imitando los gestos de Roehm moribundo. Sea como fuere, el hecho es que el fin del jefe de las SA fue mucho más valiente que el de Hitler.

En su carrera política había demostrado una brutalidad comparable a la del Führer, pero, al mismo tiempo, una total incapacidad para controlar sus propios impulsos ambiguos de vicio y de violencia. Util en los años en que las amenazas nazis habían sembrado el terror en las calles, ahora ya no era más que un personaje molesto. Su radicalismo obsesivo, su ambición, que le llevaba a atacar de frente cualquier centro de poder tradicional, su sueño de una «segunda revolución» hacían peligrar el complicado castillo de alianzas que el canceller Hitler estaba construyendo pacientemente con la «generalidad» prusiana y con la gran industria, con los Junker y con el capital. Roehm había sido muy útil en el proceso de activar y ganar para la causa nazi a masas desmoralizadas por la derrota, la pobreza y el desempleo; ahora era sólo un esqueleto en un armario, el testimonio vivo de un pasado no demasiado honesto. Si hubiese sido mejor político, no hubiese estado tan dominado por su resentimiento, digno de un cabo, hacia el medio civil y la aristocracia Junker. Roehm hubiese renunciado a sus sueños plebeyoanárquicos, a sus fijaciones de quiromántico y habría aceptado el consejo de Hitler en el sentido de que tuviese más paciencia.

No fue así, y lo liquidaron. Fueron Himmler y las SS, cuatro años más tarde, los encargados de convertir en realidad, aunque fuese efímera, los sueños del soldadito antiburgués Roehm.

Mientras Hitler y Goebbels (que sólo en el último momento había abandonado la corriente radical del nacionalsocialismo para unirse a la mayoría) encabezaban en Baviera el ataque a las cohortes de Roehm, una operación paralela se desarrollaba en Berlín bajo el mando de Goering y Himmler.

Los jefes de las Sturm Abteilungen prusianas fueron procesados por un ridículo tribunal militar y fusilados por pelotones de las SS. No cabe duda de que la masacre fue organizada con el consentimiento tácito de las

altas jerarquías militares (que llegaron a abastecer a las SS de fusiles y ametralladoras). Por otra parte, el 2 de julio von Hindenburg aclaró todo equívoco al respecto enviando un caluroso telegrama al hombre al que en cierta ocasión había llamado peyorativamente «cabo bohemio», para darle las gracias por «la acción resuelta y la valerosa intervención con la que había aplastado la traición en germen y salvado a la nación germana de un grave peligro».

## VENGANZAS PERSONALES

Fortalecidos por la complicidad del «establishment» alemán, los hitlerianos se desembarazaron igualmente de un gran número de enemigos personales, perpetraron venganzas, mataron a hebreos por pura diversión. Fueron aproximadamente un millar las víctimas de la «larga noche».

El general Kurt von Schleicher, predecesor de Hitler en la cancillería, estaba hablando por teléfono con un amigo en Neu-Babelsberg cuando llamaron a su puerta. Dejó el auricular sobre la mesa para ir a abrir, y el amigo que estaba al otro extremo del hilo del teléfono le oyó decir: «Sí, soy el general von Schleicher», y luego unos disparos de revólver; el cadáver del general fue hallado horas más tarde junto al de su mujer. Aquella misma tarde, un amigo de von Schleicher, el general Kurt von Bredow, al enterarse de la noticia del asesinato en el salón de té del hotel Adlon, exclamó: «Me extraña que esos cerdos no se hayan librado de mí». Al abrir la puerta de su habitación, unas horas después, von Bredow cayó asesinado igual que von Schleicher.

## GOERING HABLA A LOS PERIODISTAS

La tarde del 30 de junio Goering convocó inesperadamente a los correspondientes extranjeros a la Cancillería, y sin preocuparse lo más mínimo por el horror que en éstos pudiese producir la historia, dio un informe rápido y brutal de los acontecimientos de las últimas doce horas. Afirmó que la masacre había sido «dictada por la necesidad de prevenir una conspiración de Roehm y Gregor Strasser». La conjura, naturalmente, era imaginaria, pero Goering no dudó en declarar que los «traidores habían buscado el apoyo de Francia». Alguien preguntó: «¿Y qué ha sucedido a von Schleicher?». Goering hizo una pausa y miró en torno con sonrisa radiante: «¡Ah! —dijo— ustedes los periodistas siempre están buscando historias sensacionales. He aquí una de ellas. El general von Schleicher conspiró contra el régimen. Decreté su arresto y él cometió la estupidez de resistir. Ha muerto». Dicho esto, salió con paso decidido de la sala.

Gregor Strasser había sido arrestado hacia el mediodía de aquel fatídico sábado y asesinado poco después en la prisión de la Prinz Albert Strasse, de Berlín. Hasta 1932 había sido el número dos del partido, el único dirigente nazi dotado de una imaginación política comparable a la de Hitler. La ruptura entre los dos se había producido cuando los subidos cada vez mayores que Hitler recibía de los círculos industriales obligaron a éste a dejar a un lado el programa de re-

formas sociales del partido, que, por otra parte, nadie se había tomado en serio. De carácter bonachón a la manera bávara, sin la fuerza de voluntad ni la ambición de Hitler, Strasser prefirió retirarse de la política a dividir al partido; pero Hitler no se olvidó de liquidarlo el 30 de junio.

## EN EL BOSQUE DE HARLACHING

«Antiburgueses», como Strasser y Roehm, o viejos reaccionarios, como von Schleicher, von Bredow y Gustav Ritter von Kahr (culpable, en parte, del fracaso del putsch de Munich), las víctimas de la carnicería cubrían un sector bastante amplio de la vida política alemana. El propio vicescanciller Franz von Papen, si no hubiese gozado de la protección personal de Hindenburg hubiese sido suprimido igualmente. En su lugar, fueron liquidados dos jóvenes colaboradores suyos: von Bose y Edgar Jung. Fueron también asesinados aquella noche de San Bartolomé de la Alemania hitleriana varios dirigentes católicos, de los que el más importante era Erich Klausener, jefe de la Acción Católica alemana.

Igualmente feroces resultaron los delitos no políticos, o políticos sólo indirectamente, perpetrados aquel fin de semana, que helaron la sangre de Alemania. El padre Bernhard Stempfle, el jerónimo que ayudó a Hitler a revisar los borradores de «Mein Kampf» (escrito diez años antes), fue hallado muerto en el bosque de Harlaching, cerca de Munich. Su asesino fue Emil Maurice, un ex presidiario que había purgado en la misma cárcel que Hitler el putsch de Munich. Otra experiencia que Maurice compartió con Hitler fue el amor por Geli Raubal, que encendió en el dictador la única pasión de su vida. Geli Raubal se suicidó en 1931, no se sabe si debido al carácter despótico de Hitler o por su sexualidad distorsionada o por ambas razones. Se sospecha que el jerónimo sabía demasiado sobre las relaciones entre Hitler y Geli y que también había hablado demasiado. El caso es que fue liquidado igualmente.

Otras dos víctimas inocentes de la purga fueron el director y el jefe de camareros de un conocido local de Munich, el Bratwurst-Glocke, culpables de haber sorprendido un coloquio secreto entre Goebbels y Roehm en un reservado del restaurante. Pero la muerte más absurda fue con seguridad la del doctor Willi Schmidt, crítico musical de las «Münchener neueste Nachrichten». La noche del 30 de junio estaba tocando el violoncelo en su estudio, mientras su mujer preparaba la cena y los niños jugaban. De repente sonó el timbre, y cuatro miembros armados de las SS se llevaron a Schmidt sin dar

explicación alguna. Cuatro días después el cadáver del crítico le fue entregado a la esposa en un ataúd precintado, y al mismo tiempo una suma en dinero, a título de resarcimiento.

## HITLER VUELVE A BERLIN

Había sido, en efecto, un error: los sicarios de las SS habían confundido al crítico Willi Schmidt con un homónimo jefe de escuadra de las SA. La señora Schmidt rechazó la suma que se le ofrecía, pero el propio Rudolf Hess la convenció para que aceptase una pensión: había, para ello, de considerar a su marido un «mártir de la causa». Fue ésta «la noche de los cuchillos largos».

La noche del sábado 30, Hitler regresó a Berlín. La escena de su llegada fue descrita así por un testigo ocular, H. B. Gisevius: «El canceller era esperado por Goering, Himmler, Frick y un grupo de policías. Hitler pasó revista a una guardia de honor: llevaba una camisa parda con mariposa, una chaqueta de piel marrón, botas negras altas. Iba sin sombrero, sin afeitado, su rostro parecía amoratado, hinchado por falta de sueño. Bajo el mechón pegado a la frente, los ojos, opacos, miraban fijos. Sólo al dirigirse con su grupo hacia el coche, Hitler empezó a hablar a Goering y a Himmler. Este último sacó del bolsillo una hoja arrugada con una larga lista de nombres. Hitler se puso a leerla corriendo el dedo lentamente de nombre en nombre, mientras Goering y Himmler le hablaban sin parar al oído. De repente, Hitler hizo con la cabeza un gesto que expresaba una rabia violenta y que fue observado por todos los presentes: en aquel instante se había enterado del «suicidio» de Gregor Strasser».

## EL MATRIMONIO DE POTSDAM

Cuando, la mañana del lunes siguiente, los alemanes se levantaron de sus camas y se enteraron, estupefactos, de la masacre (a pesar de la prohibición de publicar en la prensa notas necrológicas referentes a las víctimas de Hitler), el así llamado «matrimonio de Potsdam», es decir, la alianza entre los dirigentes nacionalsocialistas y las altas jerarquías militares estaba ya consumado. Roehm, que había ofendido a la casta militar solicitando para las SA la integración en las fuerzas armadas y para sí mismo, el ministerio de Defensa, había sido sorprendido junto con sus lugartenientes. Una vez eliminado este jefe de truhanes, los militares se sintieron libres de cualquier posible intrusión de la política y seguros en sus privilegios tradicionales. Ahora Hitler sabía que podía contar con el apoyo de las fuerzas armadas para llegar a la presidencia tan pronto como muriese Hindenburg. Además, había puesto bajo control a las falanges de Roehm, los fanfarrones de las SA, cuyo espíritu revolucionario y, al mismo tiempo, mercenario, les habían malquistado no sólo con los militares, sino también con los industriales. En efecto, después del nombramiento de Hitler para canceller, los hombres de las SA pretendieron conquistar importantes posiciones en la industria y en las altas jerarquías militares; eran gente que no

(Sigue en la página 72)



# Hitler

(Viene de la página 57.)

*Esta temporada me he comprado un pijama nuevo y el trabajo fue mio para elegir entre tantos modelos. En lo unico que se han puesto de acuerdo los confeccionistas es en Terlenka... y yo encantado con mi pijama "lavar y dormir".*

CON PIJAMAS

# Terlenka®

*¡Usted tranquilo!*



ES UN MODELO DE MADOFF

se habría detenido antes de lograr una completa nazificación del ejército y de la economía. Hitler hubo de poner freno a todas estas pretensiones, no sólo por respeto hacia los von Thyssen y demás industriales que lo apoyaban, sino porque si hubiese repartido posiciones de responsabilidad en la industria a una serie de personas totalmente inexpertas en ese campo, habría dado, sin duda alguna, el golpe de gracia a una economía medio moribunda después del derrumbamiento de 1930 y 1931.

## EL JURAMENTO DE FIDELIDAD

Por otra parte, la supresión de Roehm había aumentado el prestigio de Hitler en importantes círculos extranjeros. El propio Eden, por aquel entonces Lord del Sello Privado, había solicitado a Hitler, el 21 de febrero, que redujese los efectivos de las SA. Y el mismo Mussolini podía enorgullirse de haber influido sobre los acontecimientos internos de Alemania. La primera entrevista entre Hitler y Mussolini había tenido lugar el 15 de junio de 1934, en Venecia. El embajador alemán en Italia, Ulrich von Hassell, había solicitado del Duce (a petición de amigos de von Hindenburg) que persuadiese a Hitler para que se disociase públicamente de personajes como Roehm y Heines, cuya notoriedad empañaba la reputación del régimen en el mundo. Se cree que Mussolini estuvo de acuerdo y que le recordó el caso de Matteotti para demostrarle cómo las acciones irresponsables de los extremistas pueden hacer peligrar un movimiento. La bravuconería de las SA había obligado a Hindenburg, el 21 de junio, a amenazar al país con la aplicación de la ley marcial. Después del 30 de junio la organización paramilitar creada por Hitler y Roehm en 1921 con aparentes finalidades «gimnásticas y deportivas» dejó de tener importancia en la vida del Tercer Reich.

Pero el triunfo de los ambientes militares no debía durar demasiado: en pocos años su autonomía se vería amenazada y cada vez más restringida por las SS de Himmler. Las SS durante la guerra se convertirían en la élite militar, se arrogarían el papel que Roehm había soñado para las SA. Von Hindenburg murió la mañana del 2 de agosto, e inmediatamente se anunció que el cargo de presidente iba a fundirse con el de canciller, y que Hitler se convertía en jefe del Estado y comandante supremo de las fuerzas del Reich. Aquel mismo día todos los militares, tan celosos de su autonomía, hubieron de prestar juramento de fidelidad no a la patria o la Constitución, sino a la persona de Hitler. Hitler, por su parte, anunció a los generales, a la *reaktion*, a los conservadores cristianos, a las masas de pequeños burgueses ganados por la causa del nacionalsocialismo: «En los próximos mil años no habrá otra revolución en Alemania». En el plebiscito celebrado tras la muerte de Hindenburg, el 90 por 100 de los alemanes aprobó el nombramiento de Hitler como jefe del Estado. En los tiempos de las *Saalschlachten*, de las querrelas entre las SA y los miembros de otros partidos, Hitler había afirmado que cuanto más brutal es el poder más atrae a las masas,

y que muchos se convertían al nacionalsocialismo tras haber recibido una buena paliza. Esta teoría tuvo el 19 de agosto, fecha del plebiscito, su confirmación, lo que indica claramente cuán bajo había caído, tras años de miseria y de terror, el tono moral y político del país.

## EL PROFETA DE LA VIOLENCIA

«Fue el hombre de Neanderthal del nazismo», éste podría ser el epitafio ideal para Ernst Roehm. «Cuando llega Roehm, llega la vida», había dicho uno de sus secuaces en los primeros tiempos del movimiento. Con mayor fundamento habría podido decir: «Cuando llega Roehm llega la muerte». Porque Roehm fue el profeta de la brutalidad pura, el pequeño burgués sin derecho a la aventura que se vuelve hiena. Fue el imán de los veteranos, de los desclasados, de los resentidos que en la Alemania del período que va del 18 al 33 encontraron su único refugio en un activismo idealista de palabras, de sustancia nihilista. Militar de carrera, elevado al rango de capitán poco antes del 14, no sin talento profesional, Roehm conoció a Hitler en el Munich de la posguerra. Por entonces Roehm ejercía tal control sobre los equipos militares que le llamaban el «dueño de las armas». El y Hitler se pusieron de acuerdo, aunque nunca llegaron a entenderse verdaderamente. Para Roehm, Hitler era demasiado intelectual, místico, nebuloso: sus ideas sobre la raza, su mitología nórdica le parecían tonterías. Roehm soñaba la supremacía de lo militar sobre lo civil, una «democracia» de cuartel, una élite de atletas de uniforme con «Mercedes».

## PRIMERO EL PODER, LUEGO LA REVOLUCION

Hitler tenía sus buenas razones para tolerar los escándalos de este hombre con el rostro lleno de cicatrices por heridas de guerra y de sus secuaces. Sabía bien que el dinero recogido por las SA por las calles no iba a parar al «fondo de asistencia a los desocupados», sino que servía para pagar amores mercenarios y francachelas; pero no ignoraba la inmensa eficacia, en la Alemania de entonces, de la demagogia, de la violencia. Y Roehm pudo reírse de Hitler, el «intelectual», el «civil» y sostener durante años la tesis del «partido doble», las *Sturm Abteilungen* y la *Politische Organisation*, que Roehm y sus compañeros llamaban con desprecio «pi cero». Pero Hitler aprendió del *putsch* de Munich una lección: aprendió que, cronológicamente, la conquista del poder debe tener preferencia sobre la revolución: el «incorregible» Roehm, por el contrario, se obstinó en pensar que la revolución tenía prioridad sobre todo. En los años veinte había estado en Bolivia reorganizando el ejército de aquel país. En nuestros días tipos como Roehm sólo se encuentran entre los mercenarios blancos en Africa; y casi siempre terminan igual. ■ F. R.

**FIN DE LA SERIE**